

ENRIQUE LAFOURCADE:

Un Hombre Libre

“**U**STED se parece tanto a mi padre. Cada vez que lo veo en la televisión me acuerdo de él”, le comenta al límite de la emoción una lectora. El aludido, mientras termina de estampar su autógrafo en el libro que ella acaba de comprar, le replica con ironía: “Qué bien; que bueno que sirva para algo”.

Acreeador de la antipatía de un sector del público y de sus mismos colegas, el escritor Enrique Lafourcade (73) hace mucho tiempo que asumió que no está para ser reconocido como el personaje más popular de la literatura chilena. “Como no me voy a presentar a alcalde o diputado, no me afecta en nada”, se defiende. Inmune a cuanto se diga de él—donde los elogios no son lo más frecuente—, reconoce que es el precio que ha debido pagar por decir las cosas claras y sin eufemismos.

Y todo en nombre de la libertad de acción que brinda la escritura. “Me parece que uno de los privilegios de esta actividad está en la capacidad de transgresión: no estar casado con las verdades oficiales, ser capaz de cuestionar la realidad. He tratado de cumplir esa meta; tiene un costo, pero es una de mis obsesiones”.

Por ello, durante décadas no ha cejado un instante de enjuiciar a diestra y siniestra, apelando a la ironía como una manera de criticar sin tanta dureza, llevando situaciones al absurdo para hacer que la gente piense.

“La crítica es consustancial a un intelectual; no puede eximirse de estar mirando con una visión crítica la realidad. Pero no todos lo hacen, porque cuidan su imagen y evalúan de otra manera el riesgo y no quieren correrlo”, explica.

Vestido impecablemente de terno, como siempre, y sentado junto a docenas de sus creaciones en uno de los patios de la Universidad Mayor, sede y organizadora de la IX Feria del Libro Usado de Santiago, Lafourcade defiende su actitud, con un hablar bajo y pausado, contrario a la fuerza y agresividad de su palabra escrita.

—Es importante la reacción y el intercambio de puntos de vista. Los escritores callados, como en estado de mansedumbre, me dan la sensación de que son como milicos, que entran de soldado raso y siendo muy responsables, siguen todas las obligaciones hasta llegar a general. Y justamente lo contrario de eso me interesa; aprender a ser un hombre libre, cualquiera sea el costo.

Desde muy pequeño se impuso esa meta. Este “anarquista sentimental”—según sus palabras—, casado y con tres hijos, nació en Santiago el 14 de octubre de 1927. El segundo de los cinco hijos del matrimonio Lafourcade Valdenegro, que estudió en el Liceo Lastarria y en el Instituto de Educación Secundaria, pronto se interesó por una actividad netamente creativa.

Primero optó por la música y luego la desechó por la pintura, pero tampoco estaba ahí su destino. Entonces se encontró con las letras y, siendo joven, comenzó a incursionar en la escritura y el desarrollo de un pensamiento crítico, que compatibilizó con sus estudios de Filosofía en la Universidad de Chile y que luego encauzó a través de la literatura.

Pasó también por el periodismo, a través de Las Últimas Noticias y, ya dedicado por completo al oficio de escritor, comenzó a publicar y recorrer otros países. Siete años en Europa y otros siete en Estados Unidos, dictando clases de literatura española y latinoamericana en diversas universidades, acabaron trayendo de regreso a un Lafourcade más fogueado en el ámbito de las letras y con un ansia enorme por contribuir a sacar

del estancamiento cultural a un país en donde, a medida que pasa el tiempo, “aumenta la tentación irreprimible hacia el vacío, la vulgaridad y lo feo”.

DOS PREMIOS NACIONALES

Sin proponérselo, su afán de confrontación—hacia todo aquello que atente en contra de “ciertos valores humanos cada vez más postergados”—y sus polémicos juicios de valor, forjaron una actitud un tanto grave a ojos de los demás.

Pero el autor de la novela chilena más vendida de todos los tiempos, Palomita Blanca (1971)—con más de un millón de ejemplares—, también tiene su legión de incondicionales, que cada domingo celebran sus crónicas en “El Mercurio”, pues a través de su pluma mordaz llena un espacio en un país acostumbrado a la complacencia y a la templanza de opiniones.

Lafourcade va contra la corriente y cae en la provocación y en la polémica. A veces con un reconocido inconformismo, pero “nunca con amargura”, según

advierte. Ni sus mismos pares están libres de sus siempre fundados arrebatos. Sólo basta remontarse en los últimos diez años para encontrar los fuegos de Enrique Lafourcade contra José Donoso, Jorge Edwards, Hernán Rivera Letelier y Raúl Zurita; con este último, a propósito del Premio Nacional de Literatura del año pasado.

Luego de que el poeta, molesto por el cuestionamiento que se hizo de sus cualidades como ganador, llamara por todos los medios a no darle nunca un premio a Lafourcade, éste reaccionó en una de sus columnas dominicales: “Y todo porque lo encuentro un escritor en decadencia, gateando indigno tras el poder, lamiendo tronos y manos de poderosos”.

—Es un premio político y se da por favores y servicios políticos; no por merecimientos literarios. El caso de Zurita fue penoso. Yo dije que de alguna manera hizo retroceder la poesía. Después de dedicarle al Presidente ese poema de alabanza desmesurada y tonta, porque ni siquiera era un buen poema, Lagos le da el premio.

En aquel pugilato verbal,

Lafourcade no era un protagonista ecuaníme, pues era uno de los aspirantes al Premio Nacional, distinción que como un fantasma ronda su carrera de escritor. Y es que las medallas y los primeros lugares le han sido esquivos, tanto que él mismo se autodenomina como un eterno finalista.

Tres de sus últimas novelas han quedado en esa categoría en el Premio Internacional de Novela Planeta: “Mano Bendita” en 1992, “Cristianas Viejas y Limpias” en 1997, y “Otro Baile en París” el año pasado, libro dedicado y escrito a petición de su nieta más pequeña, quien vive fuera de Chile.

—Yo nunca he participado activamente, me presentan, y tal vez por eso nunca me los he sacado. Hay que participar, formar un comité y molestar a los amigos y joder hasta conseguirlo. Esa es la manera como se ganan los premios aquí, y a mí no me gusta”, critica con gesto adusto.

—No me parece lícito. Debe llegar a uno, algo espontáneo, de reconocimiento. Por ejemplo, las campañas para conseguir el Nobel de algunos escritores han sido vergonzosas.

● Galardonado esta semana con el Premio a la Trayectoria en la IX Feria del Libro Usado de Santiago, este escritor y mordaz crítico de la sociedad contemporánea recibió un reconocimiento de aquellos que a él le gustan: sin esperarlo ni postular por él. Consciente de su poca popularidad, Enrique Lafourcade no se aproblemaba y se siente libre de decir lo que se le antoja, aunque “confieso que a veces se me pasa el caballo”.

última novela—, en la que, en un laborioso castellano, le cuenta lo mucho que le gustó.

EXCUSA PARA MEDIOCRES

En todo caso, con una mezcla de resignación y desencanto, Enrique Lafourcade aún espera que llegue el momento en que “lo descubran”. “Pero si no se da, no va a pasar nada”, agrega, mientras continúa saludando a quienes cruzan frente a su stand en la Feria. Porque es en estos lugares donde dice encontrar el reconocimiento más genuino de todos: el de sus lectores.

—Acabo de estar en la de Puerto Montt y estoy invitado a la de Puerto Varas. Me gusta mucho ir a estas ferias porque puedo conocer a quienes leen mis libros, gente suficientemente avisada y documentada.

Además, aprovecha de vender sus obras. Consciente de que las ganancias se las lleva el editor, hace mucho tiempo decidió costear todo el proceso de publicación de sus creaciones (ediciones Rananim, cuyo último libro acaba de aparecer en enero, “La Concertación de la Macaca”, una recopilación de sus crónicas aparecidas en El Mercurio). “Los editores se llevan la parte económica y, cada vez más, manipulan al escritor y lo orientan hacia la mala literatura. Le ponen asesores, le exigen que trabaje tales temas y le quitan libertad”.

Y en ese sentido, él se considera independiente. “No hay que negociar la calidad en nombre de la venta”, afirma convincente. En este contexto, una de sus luchas más tenaces ha sido la eliminación del impuesto al libro. “Es una vergüenza. Cuando uno plantea esto a las autoridades, siempre

la respuesta es que está en estudio (...). El IVA es un producto del pinochetismo que siguió con Aylwin, con Frei y ahora con Lagos, porque eso les permite pagar a sus incondicionales”.

—¿Se siente libre de decir lo que se le antoja?

—Sí. Lo único que he tratado, pero no siempre he podido cumplir, es no ser deliberadamente injusto. Confieso que a veces se me pasa el caballo, pero hay opiniones o acciones que merecen un buen caballazo.

—¿Ha cambiado la forma de hacer crítica en el país?

—De todas maneras. En el siglo XIX se daban durísimo unos a otros a través de la prensa. La gente se ha olvidado de los artículos de Jenaro Prieto o lo que escribía Joaquín Edwards Bello, y no por eso se transformaron en monstruos después de fallecidos.

—Entonces, ¿tiene la esperanza de un reconocimiento después de muerto?

—No confío mucho en la posteridad. Sartre decía que el escritor es aquí y ahora; la posteridad es una excusa para los mediocres.

Cristian M. González S.